

Argentina en el espejo: el “pretexto” Sarmiento

Elías José Palti

Universidad Nacional de Quilmes

“Y él responde: -no lo soy, lo he sido
los que diéronme el ser fueron lombardos
y mantuanos como ellos he nacido”

Dante

Cuando Ezequiel Martínez Estrada, en un gesto de inusual sinceridad, confesaba que su estudio sobre Sarmiento no representaba más que “un pretexto” para expresar sus propias reflexiones “sobre la temática de nuestra nacionalidad”¹ no hacía más que definir lo que fue, y sigue siendo, la profusa exégesis de su obra y su pensamiento: fundamentalmente un “pretexto”, suerte de campo de Agramante en donde cada época habría de dirimir sus propias controversias –irremediabilmente extrañas a la obra que las había suscitado– y en torno del cual las diversas escuelas de pensamiento buscarían delimitarse claramente unas de otras. Hacia los años cuarenta, Carlos Real de Azúa, en un artículo sugerente ya en su título, “Sarmiento insepulto”, podría comprobar cómo “los altibajos de la valoración de Sarmiento han marcado siempre con suma fidelidad el clima espiritual del país”.² Definitivamente, éste se había convertido en el símbolo de nuestros desencuentros nacionales y, con ello, dejaba de ser un personaje histórico para volverse un espejo en el que las distintas épocas buscarían mirarse a sí mismas. A partir de entonces, cualquier intento por forjar una imagen póstuma de Sarmiento tendría necesariamente que dar cuenta de una tradición en la que lo que se pondría en disputa con motivo de ella sería siempre algo más que

Este trabajo corresponde al capítulo primero de mi tesis de maestría presentada en FLACSO-Argentina en diciembre de 1990 titulada “Sarmiento. Una aventura intelectual”. La misma fue elaborada bajo la dirección de la Dra. Hilda Sabato y fue publicada (en una versión resumida) por el Instituto de Historia Argentina y Americana de la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA en el número 3 (noviembre de 1991) de sus *Cuadernos del Instituto*. El mismo fue revisado y modificado a fin de ser presentado en las Jornadas *Ideas, intelectuales y cultura. Problemas argentinos y perspectiva sudamericana*. Las modificaciones realizadas tratan de ajustar el texto original a la propuesta de las Jornadas, orientada a analizar aspectos relevantes de la cultura argentina en el presente siglo y tratar de exponer las herramientas críticas utilizadas para la elaboración del trabajo.

¹ Ezequiel Martínez Estrada, *Sarmiento*, Buenos Aires, Sudamericana, 1969, p. 7.

² Carlos Real de Azúa, *Escritos*, Montevideo, Arca, 1967, p. 86.

una lectura de aquel Sarmiento histórico, el que “ha sido”, sino también del “Sarmiento vivo”, el que “es” (y, en parte, el que “será”). Indudablemente, toda aproximación a su obra se encontrará necesariamente determinada por la historia de sus lecturas, las que se encuentran ya adosadas a su texto. Sin embargo, esa misma historia heredada puede también volverse objeto de escrutinio. Si no podemos simplemente desentendernos de aquella herencia, cabe sí aún preguntarse cómo la figura de Sarmiento se fue constituyendo históricamente como espejo de nuestras discordias.

Repasando esta controvertida trayectoria póstuma resulta evidente que difícilmente la misma pudo haber respondido a algún plan preconcebido, acabadamente diseñado y definido desde un comienzo. Por el contrario, nada a su muerte hacía sospechar el tortuoso curso que su imagen postrera transitaría. “No hay muerte de escritor”, dijo Borges con motivo del fallecimiento de Paul Groussac, “sin el inmediato planteo de un problema ficticio, que reside en indagar –o profetizar– qué parte quedará de su obra. Ese problema es generoso, ya que postula la existencia posible de hechos intelectuales eternos fuera de la persona o circunstancias que los produjeron; pero también es ruin, porque parece husmear corrupciones.”³ Este problema, sin embargo, no pareció plantearse en el caso de Sarmiento. Los discursos fúnebres a la llegada de sus restos al país se caracterizaron por un grado de generosidad que de ningún modo permitía husmear posibles corrupciones futuras. En momentos en que el estado nacional estaba ya en vías de consolidarse (y comenzaba también a afirmarse la idea de una “historia nacional” entendida como un curso evolutivo forjada por una serie sucesiva de prohombres) todos coincidieron en asegurarle a nuestro autor una gloria póstuma sin mácula. Sólo uno de los elegidos para tal solemne acto, precisamente Paul Groussac, se permitió una casi profética digresión. “Las numerosas y desiguales producciones de su larga trayectoria intelectual suministrarán materia para una amplio estudio crítico, muy diversamente interesante según sea un Goyena o un del Valle quien lo realizara”,⁴ decía Groussac, revelando así la pervivencia de algunas cenizas de los fuegos que Sarmiento había desatado en vida. No obstante, señaló también cómo, de todos modos, las mismas estaban prontas a extinguirse: “hace ya tiempo –y casi diríamos a pesar suyo– que no contaba con enemigos ni aun adversarios”,⁵ concedió como un último homenaje.

Quizás el único aspecto verdaderamente atípico de estas primeras semblanzas sarmientinas estuvo señalado por el hecho llamativo (y que también tendrá luego larga tradición) de que las mismas no hicieran, en lo esencial, más que retomar y difundir la imagen que el propio “don Yo” (siempre tan bien dispuesto a hablar sobre sí mismo) hubo de construirse laboriosamente a lo largo de sus escritos. Desde su fama de “primer maestro” hasta la conocida higuera de doña Paula, serán todos tópicos, reproducidos hasta el hartazgo por la pléyade de sus panegiristas, que hunden sus raíces en su elaborada literatura autobiográfica. Puede decirse, sin gran injusticia, que la historiografía de la llamada escuela “liberal” (rótulo que, en realidad, encubre una variedad de corrientes y estilos) sobre su obra y su pensamiento constituye, en gran medida, una reelaboración de los datos y temas por ella aportados y definidos.

³ Jorge Luis Borges, “Paul Groussac”, *Obras completas*, Buenos Aires, Emecé, 1974, p. 232.

⁴ Groussac, *Lo mejor de Paul Groussac*, Buenos Aires, Fraterna, 1981, p. 103.

⁵ *Ibid.*, p. 102.

1. El surgimiento de las diversas tradiciones

1.1. La tradición liberal

Ésta se inicia con los primeros estudios sobre nuestra historia del pensamiento, decisivamente marcados por el ideario positivista, ocupando ya en ellos nuestro autor un destacado lugar. Y ello se debía, fundamentalmente, a que sus autores creyeron ver en Sarmiento la encarnación de un desgarramiento esencial (de significación mucho más vasta que el puramente personal, puesto que sería, en definitiva, el de la nación toda) entre su vocación de grandeza y la inercia de una sociedad conforme en su medianía que tiende a achatarlo todo; en fin, entre la promesa de un destino que suponían de indudable grandeza y una realidad a la que le costaba aún romper con ciertas obstinadas resistencias al ansiado progreso. "Sarmiento sintetizaba una era de nuestra latinidad",⁶ decía Ingenieros. Una irreprochable fidelidad a sus principios, que le señalaban un horizonte siempre mucho más lejano que el que sus contemporáneos podían alcanzar a percibir o comprender iba entonces a tener como contrapartida un inevitable desajuste respecto de su medio. "Hubo, ciertamente, en él un desequilibrio: mas no era intrínseco en su personalidad sino extrínseco, entre ella y su medio" aseguraba el autor de *Las fuerzas morales*. Sarmiento, para él, "personificaba la más grande lucha entre el pasado y el porvenir del continente".⁷

Ahora bien, si tales desajustes entre los "hombres de genio" y su medio constituían, para los seguidores nativos de Spencer, una regla de validez universal, lo decisivo aquí es que el tipo de contradicción que en Sarmiento se manifestaba no se les ocurría aún como igualmente inherente (y, por lo tanto, insuperable) a toda circunstancia y a toda época histórica. Por el contrario, la famosa antinomia entre civilización y barbarie expresaría un conflicto que se situaba en un momento preciso dentro del transcurso orgánico de nuestra nacionalidad. Para decirlo con palabras de Ingenieros, se trataba del enfrentamiento entre "dos etapas de nuestra evolución nacional, la una representada por las ciudades civilizadas y la otra por las campañas bárbaras". La crisis que dicha antinomia trasunta no habría sido, pues, más que un precio justo que había debido cobrarse el tránsito entre dos épocas históricas determinadas (cuyo término, además, vislumbraban próximo), resultante de las resistencias que debían oponer inevitablemente las viejas clases conservadoras feudales a la emergencia de las nuevas clases medias progresistas por entonces aún incipientes.

En síntesis, la interpretación positivista de aquella dicotomía radical sarmientina se encontraba cruzada por un fuerte "sentido histórico" (que luego se iría diluyendo) que buscaba siempre articular los diversos fenómenos como fases de un desarrollo orgánico y progresivo, y que, por lo tanto, no podría nunca plagiarse a sí mismo en cuanto a sus manifestaciones, aunque tampoco podría apartarse de las líneas que las leyes generales de la evolución de las sociedades le determinaban. La figura de Sarmiento adquiere así, dentro de la simbología de la historiografía positivista de ideas, una significación universal, pero sólo en tanto que expresión genérica de una serie de acontecimientos siempre singulares.

⁶ José Ingenieros, *Sociología Argentina*, Buenos Aires, Hyspamérica, 1988, p. 266.

⁷ *Ibid.*, p. 267.

Los “genios” como Sarmiento son siempre unos “desajustados”, pero el sentido de sus “desajustes” respectivos resulta en cada caso específico.

Ese “sentido histórico” se encontraba, por otro lado, indisociablemente asociado a la seguridad de estar asistiendo a las postrimerías de esa “era de la latinidad” que Sarmiento, para los positivistas, encarnaba. El ideal civilizatorio que para Sarmiento y sus contemporáneos se situaba en un horizonte demasiado lejano (esto es, la clausura de la brecha que separaba a América Latina de las naciones centrales), para los positivistas, en cambio, comenzaba ya a dibujarse en su horizonte.⁸ La historia desgarrada de Sarmiento se convertía así en la de su propia anulación; si ésta era real, era porque encarnaba un drama histórico sustantivo, es decir, no porque expresara conflictos eternos o cuasi-eternos, sino, precisamente, porque llevaba implícita en ella la posibilidad de conducir a algo superior que la trascendiera.

1.2. La impugnación revisionista

Paradójicamente, fue la quiebra de esa fe positivista que daba sentido, para ellos, a la figura de Sarmiento –y cuya quiebra, por lo tanto, haría inactual a la misma– la que terminaría elevando su figura a la categoría de símbolo que contendría la fórmula, si no para abrir el futuro, al menos sí para entender las razones de una historia pasada que, aunque dramática, no parecía, sin embargo, haber tenido ningún sentido desde que no habría conducido a nada (o, al menos, a nada valioso). “Recién después de la crisis general de 1930 –decía Fermín Chávez– los argentinos comenzamos a advertir que el paraíso que nos habían legado ‘nuestros padres gigantes’ hacía agua. Y principiamos a pensar en ciertas historias infantiles que nos habían narrado”.⁹ Sin embargo, no fue Sarmiento el blanco inicial de la crítica revisionista. Por el contrario, nuestro autor no parecía ocupar ningún lugar destacado en las primeras de sus versiones.

Lo que llamaremos “el primer revisionismo” surge, en realidad, cuando la pérdida de la fe positivista en supuestos destinos de grandeza para nuestro país se conjuga con el “gran pánico” desatado por la irrupción revolucionaria en la URSS. El resultado será un concepto marcadamente “aristocrático” y “antipopular”, como señalaría posteriormente el revisionista Juan José Hernández Arregui.¹⁰ Éste plasma en los estudios realizados por Ibarguren en los años veinte, en los que la vilipendiada firmeza política del “Restaurador de las Leyes” es reinterpretada como una suerte de “mal necesario” –cuando no un modelo a seguir– a fin de acabar con los desbordes anárquicos producidos tras la caída del orden colonial (período en el que Ibarguren sitúa el origen de todos los males argentinos, males que, para él, encarnan en Rivadavia).

⁸ Cf. Tulio Halperin Donghi, “Hispanoamérica en el espejo. (Reflexiones hispanoamericanas sobre Hispanoamérica, de Simón Bolívar a Hernando de Soto)”, *Historia Mexicana*, XLII.3, 1993, p. 759.

⁹ Fermín Chávez, *Civilización y barbarie en la historia de la cultura argentina*, Buenos Aires, Los Cuihués, 1988, p. 182.

¹⁰ Juan José Hernández Arregui, *La formación de la conciencia nacional*, citado por Maristella Svampa, *El dilema argentino. Civilización o barbarie. De Sarmiento al revisionismo argentino*, Buenos Aires, El Cielo por Asalto, 1994, p. 180.

Una colectividad desgarrada por la anarquía sólo puede volver a su quicio y formar otra vez un todo coherente, mediante una fuerte acción que reajuste todos los elementos que se han aflojado y disgregado... La tiranía ejercida por Rosas... fue el resultado necesario de la anarquía producida por la revolución de Mayo.¹¹

Sobre esta línea de pensamiento inaugurada por Ibarguren (quien no dio mayor importancia a la figura de Sarmiento) se instala la primera de las biografías revisionistas sobre nuestro autor: la de Ramón Doll y Guillermo Cano (hijo). Pero ésta dista aún de intentar producir una refiguración global de la imagen del mismo forjada por el positivismo. El análisis de la obra sarmientina que realizaron estos autores se concentra en una escena de *Recuerdos de Provincia* en la que Sarmiento cuenta de su desaffo a Manuel Gregorio Quiroga, desconociendo, según Doll y Cano, el hecho de que “el gobernador a quien había desacatado era una autoridad legítimamente constituida”,¹² peor aún, olvidando que se trataba de “todo un Señor Gobernador propietario”.¹³ Evidentemente, todavía no se puede hablar de un intento de reinterpretación general de su multifacético pensamiento. Tenemos, de todos modos, diseñada una primera versión revisionista sobre Sarmiento que opone su supuestamente díscola figura a la más confiable seriedad conservadora de Rosas. Candidata a desplazar la antinomia entre Rosas y Rivadavia postulada por Ibarguren como “el epónimo de un ciclo cultural argentino que acaso empieza a declinar”, anticipa ya algunos de los tópicos que tendrán luego larga data. Y si aún resultaba algo precaria (deudora más bien de la imagen de Rivadavia creada por Ibarguren), pronto aparecerían quienes habrían de conferirle a su figura rasgos particulares y forma más consistente. Con ello iniciarían también el tránsito hacia lo que constituirá un segundo momento en la historia del pensamiento revisionista.

Esta marcha arranca cuando otros de los integrantes del grupo que iniciara *La Nueva República* en 1927 diseñan (según la definición posterior de uno de sus autores) “la primera reivindicación global” de la figura de Rosas “como el político de vocación más segura y con mayor sentido del Estado en toda nuestra historia argentina”.¹⁴ Tal “reivindicación global” pone ahora en su centro su supuesta defensa de los intereses nacionales, antes que su rol como gendarme del orden interno. Dicho giro nacionalista-antimperialista del revisionismo culmina en 1934 con la publicación de *La Argentina y el Imperialismo Británico*, de Julio y Rodolfo Irazusta. Sin embargo, tampoco en esta historia Sarmiento parecía aún ocupar ningún lugar particularmente relevante. El verdadero desencadenante de una historia que concebían dramática a partir de Caseros (y que se prolongaría hasta el momento de escrito dicho texto, cuando acababa de firmarse el célebre tratado Roca-Runciman) lo habría constituido, para los Irazusta, el vuelco intelectual de Alberdi en 1838, cuando abandona el “historicismo nacionalista” para abrazar el “iluminismo internacionalista”. Con ello habría abierto un desencuentro persistente entre la élite gobernante local y las necesidades y aspiraciones nacionales.

¹¹ Carlos Ibarguren, *Juan Manuel de Rosas*, Buenos Aires, Anaconda, 1933, p. 262.

¹² Doll y Cano (hijo), *Las mentiras de Sarmiento. Por qué fue unitario*, Buenos Aires, Federación, 1952, p. 22.

¹³ *Ibid.*, p. 28.

¹⁴ Julio Irazusta, *De la epopeya emancipadora a la pequeña Argentina*, Buenos Aires, Dictio, 1988, p. 212.

La polémica en torno a la figura de Sarmiento no tardará, sin embargo, en cobrar importancia fundamental para los revisionistas, pero ello sólo habrá de ocurrir cuando, en la década siguiente, este espíritu nacionalista asuma un tono claramente populista.¹⁵ Quien inicia esta transformación del pensamiento revisionista, que lo aleja ya definitivamente del anterior de Ibarguren (que aparecía por entonces como demasiado ligado al fracasado proyecto de Uriburu), es Ernesto Palacio (otro de los fundadores de *La Nueva República*). No será difícil descubrir a los destinatarios de la crítica con que Palacio cierra la obra que marca un hito en dicho tránsito: *La historia falsificada* (1939).¹⁶

Adoptar del fascismo nada más que su armazón autoritaria, cuando lo esencial es su mística y cuando sólo ésta constituye la armazón del Estado, resulta, pues, una insensatez... La adhesión popular es lo que hace fuerte al fascismo; dejará de serlo cuando ella le falte.¹⁷

Sólo entonces es que el supuesto carácter marcadamente “antipopular” de Sarmiento, característica común a la tradición liberal pero que sólo en él se haría claramente manifiesta, habría de situar a su figura en el centro de la crítica revisionista. Sobre las coordenadas diseñadas por Palacio irrumpe finalmente, en 1943, la obra que fija lo que sería la imagen definitiva de Sarmiento para esta que llamamos la segunda generación revisionista, *Defensa y pérdida de nuestra soberanía económica* de José María Rosa, imagen marcada por las que pasarán a ser interpretadas como la serie de oposiciones radicales e inconciliables que cruzarían su pensamiento.

Paradójicamente, esta segunda generación revisionista partiría de las propias bases propuestas por Sarmiento para volverlas en contra de su autor. Éstos aceptarían la antinomia sarmientina, “civilización y barbarie”, como perfectamente válida y aún absolutamente vigente. “Ninguna proposición lleva tan bien sobre sí el problema medular de nuestra cultura”, aseguraba Fermín Chávez.¹⁸ En una obra ya clásica de esta escuela (*Sarmiento. su gravitación en el desarrollo nacional*) de Paoli insistía en la plena vigencia de este antagonismo: “A más de un siglo del choque violento de estas dos políticas –Caseros– los dos hombres que respectivamente encarnaron a cada una de ellas, redivivos en el pasionismo, como asimismo sus tendencias políticas y sus intereses, están como entonces, frente a frente, y sus partidarios tan enardecidos como antes. Y es que el problema que se debatía entonces, teniendo en cuenta al pueblo, aún no se ha solucionado”¹⁹ Sólo que en ellos habrán de invertirse las valoraciones –o a restaurar, según sus autores, el auténtico sentido de aquella fórmula–. Rosa, en el libro ya citado, fue quien abrió esta línea de desarrollo al señalar la distorsión etimológica que encerraba la definición sarmientina de los términos “civilización” y “barbarie”

¹⁵ Julio Irazusta cuestionaría luego al peronismo haber transformado en una “revolución social” lo que ellos habían concebido como una “reforma moral” (Ver Halperín Donghi, *El revisionismo histórico argentino*, México, Siglo XXI, 1970, pp. 34-5).

¹⁶ Es en esta obra, según Arturo Jauretche, donde “están preanunciados los fundamentos ideológicos del revisionismo” (*Política nacional y revisionismo histórico*, Buenos Aires, Peña Lillo, 1982, p. 132), lo que es indudablemente cierto al menos en lo que hace a la figura de Sarmiento.

¹⁷ Ernesto Palacio, *La historia falsificada*, Buenos Aires, Peña Lillo, 1946, p. 72.

¹⁸ Fermín Chávez, *Historicismo e iluminismo en la cultura argentina*, Buenos Aires, CEAL, 1982, p. 26.

¹⁹ Pedro de Paoli, *Sarmiento, su gravitación en el desarrollo nacional*, Buenos Aires, Theoria, 1964, p. 307.

Civilización —que gramatical y lógicamente quiere decir “perteneciente a nuestra *cives*, a nuestra ciudad”—, fue entendida en un sentido opuesto: como lo propio de extranjeros, y barbarie —de bárbaros, extranjeros— vino a significar, a su vez, en el lenguaje liberal, “lo argentino”, contrapuesto a “lo europeo”. Los hombres que trastocaban el país, comenzaban así a trastocar su gramática.²⁰

La quiebra, en el período de entreguerras, de lo que hasta entonces fue el término obligado y deseable de nuestra evolución nacional (la “civilización”), había dejado a la misma sin puntos de referencia en torno a los cuales tornar inteligible su sentido y desarrollo. En este marco es que se produce la revaloración revisionista de las tradiciones locales, hasta entonces despectivamente referidas como “bárbaras”. “El bárbaro argentino es, salvo excepciones —decía Chávez— un testimonio de conducta en que resaltan las virtudes de solidaridad social, de fidelidad al pueblo y de rectitud política incomparable”.²¹ Pero en esta referencia al pasado se disuelve la historicidad del proceso histórico: éste se verá relegado entonces a un mero escenario para la lucha eterna entre dos principios antagónicos. Culmina así el proceso por el cual el conflicto que se encarnara en las figuras de Sarmiento y Rosas adquiere proyección universal convertido en el sustrato de una dicotomía que recorrería toda nuestra historia y explicaría todo su transcurso. Había surgido, finalmente, el “rosismo” como contrapartida del “sarmientismo” considerado ahora sinónimo de “política colonialista”.

Algunos autores revisionistas, es cierto, intentaron matizar sus tajantes apologías y rechazos. Ensayaron, pues, una cierta reivindicación hacia aquella otra supuesta faceta (más propiamente nacional) de su personalidad descubierta por Leopoldo Lugones cuando afirmara que “*Facundo y Recuerdos de Provincia* son nuestra *Ilíada* y nuestra *Odisea*... constituyen nuestra vida espiritual como Nación”.²² Para Rosa, había, efectivamente, un Sarmiento escondido que “sintió la patria” de un modo visceral e intuitivo, que “a despecho de desechar ‘ese sentimiento de la nacionalidad’, lo tenía dentro de sí y era más fuerte que su voluntad de extinguirlo”.²³ De todos modos, no fue a este “otro Sarmiento” al que le habrían de dedicar los revisionistas sus mejores páginas (aunque nunca lo negaron del todo). Aquellos que pusieron (como Ricardo Rojas) un énfasis excesivo sobre este punto, pronto aparecieron, a sus ojos, sospechosos de intentar (dicho con las palabras que Rivas le dirigiera al autor de *La Restauración Nacionalista*) “eludir juicios absolutos acerca de los escritores consagrados por el consenso liberal”,²⁴ suerte de concesión inaceptable. La fuerte polarización que dominaba por entonces este debate ya no dejaba demasiado lugar para estas sutilezas.

²⁰ José María Rosa, *Defensa y pérdida de nuestra soberanía económica*, Buenos Aires, Peña Lillo, 1986, p. 130.

²¹ Fermín Chávez, *Civilización y barbarie en la historia de la cultura argentina*, p. 16.

²² Leopoldo Lugones, *Historia de Sarmiento*, Buenos Aires, Comisión Argentina de Fomento Interamericano, 1945, p. 166.

²³ José María Rosa, *Historia del revisionismo y otros ensayos*, Buenos Aires, Merlín, 1968, p. 92.

²⁴ Rivas, *Sarmiento, mito y realidad*, Buenos Aires, Peña Lillo, 1960, p. 17.

2. Las repercusiones de la polémica

2.1. Las primeras redefiniciones en el pensamiento liberal

Los seguidores del llamado "pensamiento liberal" no podrían ya permanecer ajenos a los embates del revisionismo, fundamentalmente porque ellos mismos participaban de cierto clima histórico que imponía la redefinición de algunas de las ideas (precisamente, aquellas representadas por Sarmiento) que hasta entonces parecían verdades consagradas. Los trabajos realizados por Alberto Palcos²⁵ en torno al año treinta muestran ya una serie de desplazamientos que comienzan a operarse dentro de la propia "escuela liberal".

"Tomada al pie de la letra la teoría de *Facundo* no resiste al embate de la crítica. Es arbitrario decir que las ciudades están separadas de las campañas por varios siglos. Conviven, una atmósfera común las envuelve",²⁶ afirma entonces Palcos, y con ello comienza a esbozarse una concepción nueva (aunque anticipada en algunos aspectos por quienes, como Alberdi, polemizaron en vida con Sarmiento) respecto de la naturaleza del antagonismo que motoriza nuestra historia. Desde este punto de vista, sería absurdo oponer sin más las ciudades y las campañas, puesto que ambas se suponen mutuamente. Sarmiento mismo, aunque él no lo haya advertido, compartía profundos lazos que lo unían secretamente a Facundo: "eran sumamente diferentes —decía Palcos— pero pertenecían a la misma raza". Por ello es que la posteridad debía reconciliarlos, pues "Sarmiento y Quiroga se entrelazan armónicamente en los descendientes de su carne".²⁷

Diluidos así los antagonismos, tampoco la oposición entre los grandes hombres y su medio, que para Ingenieros resultaba inevitable, parecía poder seguir sosteniéndose: "En ocasiones, el pueblo tiene como la intuición de su poder y los sigue",²⁸ confía ahora Palcos. Las masas, al fin y al cabo, sabrían finalmente reconocer a sus grandes hombres y seguirlos (dado que sólo entonces éstos se constituyen como tales). Al oponer la figura de Sarmiento a la del pueblo, los positivistas vaciaban la misma de toda significación histórica. Sarmiento, insistía Palcos, fue un "supranormal", no un "a-normal", es decir, si fue capaz de colocarse por encima de los demás no es porque simplemente se opuso a éstos sino porque supo expresar mejor que ninguno de ellos las aspiraciones colectivas.

Resulta sugestivo observar que en un momento en que las contradicciones sociales comenzaban a agudizarse surgiera una visión más matizada respecto de la relación entre los "grandes hombres" y su medio.²⁹ Se observa allí un primer esfuerzo por superar lo que hasta entonces parecía una paradoja intrínseca al pensamiento liberal (resultado de un alegado republicanismismo que se conciliaba muy mal con su desconfianza instintiva en las masas y la capacidad política de las poblaciones nativas), intento que surge, en un último análisis, como contrapartida de la aparición de una primera impugnación al liberalismo (que llamamos el "primer revisionismo", representado por Ibarguren) desde un punto de vista

²⁵ Alberto Palcos, *Sarmiento, la vida, las obras, las ideas, el genio*, Buenos Aires, Ateneo, 1938.

²⁶ *Ibid.*, p. 59.

²⁷ *Ibid.*

²⁸ *Ibid.*, p. 16.

²⁹ *Ibid.*, p. 290. De allí que para Palcos el mayor mérito de Sarmiento radicara en una inusual combinación de intelectual y político que le permitía traducir los principios generales en proyectos históricos concretos.

nacionalista-autoritario (mientras que la idea de una oposición para ellos ineliminable entre el republicanismo y las masas reverdecerá en la década siguiente, aun en forma más descarnada, cuando este nacionalismo adquiriera rasgos populistas, es decir, tras la irrupción de la "segunda generación del revisionismo").

Esta reformulación de la imagen de Sarmiento acompaña y expresa, pues, un intento de sectores liberales y progresistas por tender puentes con sectores populares a que la común exclusión del ejercicio de sus derechos políticos había acercado. Sin embargo, esta cierta reivindicación por parte de los liberales de las realidades autóctonas sólo surgió cuando tal situación política (que luego daría lugar al apelativo de "década infame") hubo de conjugarse con el desengaño respecto de los modelos políticos a los que Sarmiento había adscrito incondicionalmente (hecho que señala una profunda quiebra cultural que cruza por igual, aunque de formas diversas, a todo el espectro político). "Ya no podemos decir: 'seamos los Estados Unidos', otra debe ser la divisa: superar a Europa y los EE.UU. —decía Palcos— propiciar a eliminar la lepra espantosa de la guerra, elaborar un alma nueva que sea la expresión más perfecta de la solidaridad humana".³⁰ Palcos dejaba así salir a luz profundos reparos nuevos respecto del legado sarmientino: "en otra cosa finca su error: en haber justificado, durante cierta época de su vida, las invasiones europeas en América".³¹

Se observa allí cómo el pensamiento liberal y progresista buscaba adecuarse a un clima de ideas que, a la vez que hacía ineludible (dada la quiebra de los modelos civilizatorios hasta entonces cultivados) la revisión de algunas de las creencias hasta entonces consideradas como incuestionables, empujaba a los sectores liberales (debido a la dislocación del sistema político republicano, producto de la intervención militar en el mismo a partir de 1930) a la búsqueda de nuevas vías de solución que sólo podían encontrar en alternativas más radicales y populares. Sin embargo, esta aparente reconciliación del pensamiento liberal-progresista con las masas locales (unidas ambas por la común exclusión en el ejercicio de sus derechos políticos) encerraba una paradoja, que en Palcos se expresa en las tensiones que lo conducen a esbozar su crítica a Sarmiento y que pronto afloraría mostrando sus efectos inevitablemente devastadores para esta franja del espectro ideológico. La nueva conciencia de las élites progresistas de la necesidad de apelar directamente con su discurso a esa masa popular a la que debían dirigir se producía en un momento en que aquéllas habían perdido el sentido del rumbo hacia el cual habrían de conducirla (al menos para quienes no veían en el modelo soviético una alternativa válida). Como ya unos años antes había reconocido amargamente Joaquín V. González, el conflicto bélico europeo "ha apagado las luces, ha borrado los rastros en la arena, ha extraviado los signos guías en la noche y ha derrumbado las piedras miliarias de los antiguos caminos".³² En la medida en que, hacia fines de la década del treinta la nueva generación del pensamiento revisionista que arranca con Palacio y culmina con Rosa comience a tallar sobre dicha contradicción y a disputar el liderazgo popular a los liberales, empujará nuevamente a éstos a una serie de redefiniciones que darán como resultado una nueva lectura del legado sarmientino.

³⁰ *Ibid.*, p. 344.

³¹ *Ibid.*, p. 275.

³² Citado por Oscar Terán, "La tradición liberal", *Punto de Vista*, XVII, 50, noviembre de 1994, p. 30.

2.2. La tercera línea ecléctica

La crítica revisionista no sólo empujó a los liberales a intentar redefinir su relación con respecto a la herencia sarmientina. También dio lugar a la emergencia de un conjunto de autores que tratarán de evitar verse arrastrados por la fuerte polarización que dominaba ya a este debate. Serán, en fin, estos autores los que habrán de abocarse a un minucioso análisis de la obra de Sarmiento (que muchas veces se torna preciosista, aunque, por ello mismo, resultará, las más de las veces, poco convincente) tratando de descubrir en ella los elementos despreciados tanto por liberales y revisionistas (considerados por ambos como irrelevantes o de importancia marginal en ella) que obligarían al menos a matizar la idea de que dicha obra se encuentra articulada en torno de oposiciones frontales e inconciliables. El rasgo distintivo de esta última corriente, pues, es que habrá de insistir en rastrear, en el propio pensamiento de nuestro autor, una vocación por conciliar los antagonismos que dividen a los argentinos. Para demostrarlo, optarán por vías o alternativas diversas que abarcan un amplio espectro, desde un extremo que muchos terminaron asimilando, aunque dejando de lado los matices fundamentales que lo distinguían, con el "revisionismo" (como el caso de Manuel Gálvez),³³ hasta otro que se toca, aunque sin confundirse, con los "liberales" (como Ricardo Rojas, por ejemplo).

La primera de las variantes de esta corriente que llamaremos "ecléctica" representada por Manuel Gálvez surge cuando esta vocación de "síntesis" se proyecta en un esfuerzo por revelar una identidad esencial entre Sarmiento y Rosas. Esto representará un intento por terciar en la disputa instalada en los términos definidos por el que llamamos "primer revisionismo" (representada por Ibarguren). Gálvez, comúnmente asociado a los revisionistas, hace de esta supuesta identidad entre Sarmiento y Rosas el eje de una en realidad nada ortodoxa reconstrucción biográfica.

Para Gálvez, "nada prueba mejor que algo había de común entre ellos que la secreta simpatía de Sarmiento por don Juan Manuel. Más que simpatía era una fascinación". Y ofrecía como argumento el hecho de que el propio Sarmiento "coloca(ra) a don Juan Ma-

³³ Dentro de esta heterogeneidad (el segundo de los rasgos que caracteriza a esta corriente), se observa, sin embargo, un sugestivo dato persistente. Dentro de ella se destacan, como podemos ver, las figuras de los llamados "primeros nacionalistas del Centenario" (aunque no de un modo excluyente), los que siempre mantuvieron una relación problemática (algunos más, otros menos) con las nuevas versiones del nacionalismo que surgen hacia los años treinta. Lo más llamativo en ellos, además, es que, a pesar de que sus estudios sobre Sarmiento se iniciaron en los comienzos mismos de su trayectoria intelectual, sólo hacia los años cuarenta (de allí que la coloquemos como la última de las tradiciones que surge) escriben sus primeras biografías integrales sobre nuestro autor, luego de que, como afirmó Rojas, habían estado "durante treinta años (estudiando) a Sarmiento con el propósito de escribir su vida" (*Sarmiento. El profeta de la pampa*, Buenos Aires, Losada, 1945, p. VII). ¿Por qué recién entonces se deciden a hacerlo?. Indudablemente, porque sólo se lo plantearon como necesario cuando se sintieron en la obligación de participar en un debate que se había convertido en el decisivo a la hora de definir las respectivas posturas (mientras que hasta entonces existían otros modos de establecer este tipo de delimitaciones), creyéndose además autorizados para terciar en el mismo de un modo "objetivo", dadas las simétricas distancias que creían separarlos de ambos bandos en pugna. "Los puntos de vista en que yo me sitúo para ver serenamente aquellos turbios sucesos, permítenme romper los dos bloques de 'federales' y 'unitarios'" (*ibid.*, p. 225), aseguraba Rojas. E incluso Gálvez (comúnmente asociado a los revisionistas) insistía en que el mayor mérito de su trabajo residía en haber podido colocarse "por encima de las pasiones, por sobre el tiempo y el espacio: *sub specie aeternitatis* (*Sarmiento. El hombre de autoridad*, Buenos Aires, Emecé, 1945, p. 632).

nuel en la línea de la tradición democrática y revolucionaria”³⁴ en la que él mismo se inscribía. Sin embargo, pensaba Gálvez que Sarmiento se equivocaba cuando buscaba los lazos que lo unían a Rosas por el lado del igualitarismo, viendo en su gobierno “un intento de establecer la igualdad”.³⁵ Esa “fascinación” oculta de Sarmiento por Rosas se nutría, en realidad, de filiaciones políticas comunes opuestas: el autoritarismo. Fue “el gobernante argentino que después de Rosas más ha hecho por el principio de autoridad”,³⁶ decía, para mostrar así que “su lugar no está junto a Mitre que fue demócrata y liberal, sino en esa fila donde se hallan el chileno Portales, el colombiano Núñez, y el ecuatoriano García Moreno. En esa fila donde también está Rosas, Sarmiento ocupa uno de los extremos, el de la relativa moderación, y don Juan Manuel ocupa el otro”.³⁷

Quienes han visto oposición alguna al respecto entre ambos, afirma que fueron deudores, muchas veces inconscientes, de ciertas deformaciones y “mistificaciones” producidas en torno a su pensamiento, las que sólo pueden explicarse por “el poder subterráneo de la masonería”³⁸ que pretendió presentar a nuestro autor como un “demoliberal y como desprovisto de creencias (religiosas)”. Ello no habría sido sino un invento absurdo que revela oscuros designios. “Siempre Sarmiento estará contra lo más democrático”,³⁹ decía Gálvez. En sus palabras finales se descubren los destinatarios de sus diatribas, oscuros responsables de tan nefastos malentendidos: “hoy los izquierdistas lo hacen suyo. Y no hubo nadie que fuese más hombre de orden, más conservador! De haber vivido ahora, la demagogia no habría tenido mayor enemigo”.⁴⁰ En este autoritarismo antipopular Gálvez terminaba hallando la verdadera grandeza de nuestro autor, el secreto de su misión providencial: “Los argentinos tenemos que agradecer a Sarmiento el habernos salvado del jacobinismo francés. Sin sus ideas y su gobierno, hubiéramos tenido después de él, muy probablemente, un Batlle Ordóñez o un Calles, gran creador el primero, mas jacobino auténtico”.⁴¹

Vemos aquí cómo esta disputa planteada contra la izquierda contiene, en un último análisis, una crítica puntual de la versión de Sarmiento ofrecida por Doll y Cano. Gálvez está aquí desplegando, en oposición a sus predecesores, una línea de reivindicación del pensamiento de Sarmiento análoga a la realizada por Ibarguren respecto de Rosas. Contra aquéllos, Gálvez intenta aún disputarle el legado sarmientino a una historiografía liberal-progresista que lo había convertido en parte de su propia genealogía de un modo que resultaba para él cuestionable, atribuyéndole ideas que le eran ajenas o que constituían el costado más errático e incierto de su pensamiento, deformando el auténtico sentido de sus obras. Con

³⁴ Manuel Gálvez, *Sarmiento. El hombre de autoridad*, p. 646.

³⁵ *Ibid.*, p. 149.

³⁶ *Ibid.*, p. 525.

³⁷ *Ibid.*, p. 644.

³⁸ *Ibid.*, p. 662.

³⁹ *Ibid.*, p. 558.

⁴⁰ *Ibid.*, p. 663. Ponce (*Sarmiento, constructor de la nueva Argentina. La vejez de Sarmiento*, Buenos Aires, Solar/Hachette, 1976) es el mejor ejemplo de aquellos que desde la izquierda intentaron apropiarse de la tradición sarmientina y contra la que Gálvez discutía. Si, sin embargo, no lo incluimos en esta reseña es porque no hay nada de particular en su obra (más allá del hecho de que fuera escrita por alguien que por entonces se había convertido al comunismo) y que no se encuentre ya en las versiones clásicas del liberalismo.

⁴¹ *Ibid.*, p. 643.

ello, en fin, intentaba salvar el último de los posibles lazos que podían unir a los llamados "rosistas" con una tradición a la que Gálvez aún no se resignaba a abandonar. De todos modos, el subido tono que comienza a adquirir el debate político de la época haría desdibujarse este proyecto, el que habrá de ser prontamente asimilado al modelo de los revisionistas⁴² con lo cual, sin embargo, habrían de oscurecerse las originalidades que le son específicas.

Poco más tarde comenzó a diseñarse otro intento, análogo al de Gálvez, por reivindicar a Sarmiento partiendo de las propias premisas propuestas por los revisionistas para criticar a éste. Sólo que, esta vez, tales premisas venían ya definidas no por el autoritarismo de un Ibarguren, sino que se encontraban teñidas por el nuevo espíritu nacionalista de corte populista de la nueva generación del revisionismo. Definitivamente, una vez que la contradicción nacional fundamental vino a colocarse centralmente en las figuras de Rosas y Sarmiento (cuya figura desplaza de dicho sitio a la de Rivadavia), no parecería ya posible hallar un territorio común donde situar a ambos (como intentara Gálvez). Ello no impediría, sin embargo, tratar todavía de encontrar afinidades entre nuestro autor y aquella otra figura que, como Sarmiento señalara, expresaría aún más fielmente que Rosas el modo de ser de nuestras poblaciones rurales: Quiroga. De todos modos, producida ya la polarización en torno a su figura, estará ya claro que, a fin de poder hallar tales afinidades, debería bucearse en un terreno de sustancialidades mucho más profundo que el de las verdades evidentes. Con ello emergerá lo que consideraremos una segunda versión del eclecticismo, suerte de correlato de la polémica desplegada por la que llamamos "segunda generación del revisionismo".

Ricardo Rojas fue quien se propuso entonces rescatar un "Sarmiento vivo", deslindando en él "los principios generales que dieron fundamento a su acción y a su programa" de "lo que es anécdota de la política contemporánea y polémica de pasiones ya superadas", aquel que logró situarse por encima de las controversias en las que pretendían encasillar lo aquellos que no sabían ver tras la superficie de un texto. Partiendo de dicha premisa, Rojas se propondría revelar lo que nadie había aún advertido en su obra (a cuya edición él se consagró), esto es, que la antinomia sarmientina, tal como fue por él definida, conllevaba necesariamente su "síntesis" (que en Rojas, por otra parte, no se distinguía del "justo término medio"). El error de sus seguidores fue el no haber sido capaces de seguir esta consecuencia lógica a que conducía su pensamiento.

No fue, pues, para Rojas, responsabilidad de nuestro autor (Rosa se equivocaría en ello) el que sus sucesores hubieran convertido estos "opuestos dialécticos" en absolutos. Ello fue el resultado, entendía, de la degradación posterior del término "civilización", al que se lo despojó de los atributos morales que lo definían para convertirlo en un calificativo de connotaciones meramente materiales.

Sarmiento no es responsable, sino los que han gobernado el país después de su muerte, en el presente siglo. Al definir la civilización, señala la importancia funcional de los medios científicos, políticos y económicos, pero a la civilización le asigna "fines morales".⁴³

⁴² Esto se debió, fundamentalmente, a que su actitud crítica dejaba en pie la concepción fuertemente dicotómica de nuestra historia que éstos comenzaban a desarrollar, limitándose a discutir en cuál de los bandos en pugna cabría ubicar a Sarmiento.

⁴³ Ricardo Rojas, *Sarmiento. El profeta de la pampa*, pp. 326-327.

Rojas no pretendía con ello ocultar las innumerables “contradicciones” que se observarían en su obra: “éstas se explicarían por la coexistencia en él de dos Sarmientos en mutua oposición. “En Sarmiento”, decía, “hay un intelectual con quien discuto, y una especie de demiurgo a quien admiro”.⁴⁴ Su “inteligencia de viajero”, aseguraba, no le permitió comprender cuál era su verdadero lugar: “Sarmiento se equivocó. Él era temperamentalmente gaucho, Rosas no; él era doctrinariamente federal, Rosas no; él era un americano típico, Rosas no. El antagonismo entre ambos provino de dichas diferencias. A estos dos valores prototípicos, necesitamos cambiarles los nombres de antaño”.⁴⁵ Sólo la posteridad podría desanudar este enredo y aclararle a Sarmiento sus mismas confusiones, contradicciones a las que sus críticos, probablemente de mala fe, se aferraron para mejor criticarlo. Así, paradójicamente, los atributos que tradicionalmente los revisionistas le han adjudicado a Rosas (es decir, el ser auténtico representante de la “argentinidad”), Rojas los reclamaría ahora para su “otro” Sarmiento. Y el argumento último que sostenía tal interpretación radicaba en la idea de que Sarmiento nunca podría haber negado esos valores nativos pues formaban parte de su propia esencia; en definitiva, siempre que lo hizo era porque “no advertía que estaba negándose a sí mismo”.⁴⁶ Aun así, su espíritu nacional debía de imponerse en él, a su pesar, manifestándose “secretamente” en la identidad profunda que lo ligaba a Facundo (su auténtica contraparte y necesario complemento).

Escribió contra los gauchos, pero yo no le creo, porque estoy en el secreto: nadie se parecía más a Facundo que Sarmiento, gauchos los dos, de origen igualmente hidalgo y eximios peleadores ambos, aunque el plano del uno fuese el instinto y el del otro el del ideal.⁴⁷

Vemos así que si Rojas podía seguir sosteniendo la antinomia que separaría a Sarmiento de Rosas, es porque previamente había despojado al “tirano” (al que no duda en comparar con Hitler) de todos aquellos valores que constituirían auténticamente nuestra nacionalidad. La identidad de Sarmiento y Facundo era, ella sí, algo mucho más noble y superior, porque se situaba en un plano esencial y trascendente. No importaba incluso aquí lo que los mismos personajes históricos hubieran dicho o hecho porque no se trataba de una cuestión estrictamente histórica sino de algo mucho más fundamental: de nuestro “ser” como Nación. En todo caso, negarla no es algo que le haya sido dado a un prócer, así como tampoco puede una nación negar a éstos. Lo demás es episódico, “lo trascendental en él —decía— es la relación esencial que se descubre entre los diversos episodios. Así llegamos a descubrir valores permanentes”.⁴⁸

Lo que aparecía hasta entonces relegado (como entre los revisionistas) al plano de las “ironías de la historia” (las supuestas afinidades entre Facundo y Sarmiento) se despliega ahora en un proyecto intelectual que encierra, a la vez, todo un programa político-ideológico. Lo cierto es que, así como su invocación a terminar con las controversias que nos di-

⁴⁴ Ricardo Rojas, *Sarmiento. El profeta de la pampa*, p. 659.

⁴⁵ *Ibid.*, p. 235.

⁴⁶ Ricardo Rojas, *El pensamiento vivo de Sarmiento*, Buenos Aires, Losada, 1941, p. 26.

⁴⁷ Ricardo Rojas, *Sarmiento. El profeta de la pampa*, p. 171.

⁴⁸ *Ibid.*, p. 724.

viden no tuvo gran eco, tampoco su proyecto intelectual resultó demasiado convincente. Pocos intentarán seguirlo en una línea de interpretación que no parecía alcanzar a rozar las razones de una historia profundamente desgarrada.⁴⁹

Dentro de este espectro heterogéneo de posturas que han buscado escapar a las ortodoxias y que llamamos "eclecticas" distinguiremos una última variante que podemos definir como una suerte de "eclecticismo decadentista", representada por Ezequiel Martínez Estrada, quien extrae finalmente aquellas conclusiones más pesimistas, pero ya latentes en posturas precedentes e implícitas en la idea de la clausura definitiva de las distancias que separaban las realidades locales de sus modelos buscados. Esto que, a su turno, se expresara en la reconciliación entre aquellos que expresarían las dos fuerzas antagónicas fundamentales que motorizan nuestra historia, Facundo y Sarmiento, implica (siempre que ello involucre algo más que un mero equilibrio transaccional), para Martínez Estrada, una contradicción insoluble. Aceptar dichas fuerzas motoras como tales, pero, a la vez, comprobar en la realidad alguna suerte de unificación de las mismas, sólo podría significar su confusión,⁵⁰ indicaría el haber alcanzado un verdadero punto muerto en nuestra historia, un pantano en el que toda inteligibilidad habría necesariamente de naufragar. No sólo porque esto tornaba imposible todo progreso ulterior, sino porque, además, nos privaría también de los parámetros con los que medir los progresos pasados, aquellos que desvelaron a las generaciones precedentes y que ahora se revelaban como ilusorios (o algo quizás peor aun). Definitivamente, esto había tornado imposible tratar de fijar el sentido a nuestro desenvolvimiento como nación desde el momento en que los términos por los cuales cabría definirlo se han fundido y confundido.

Si para los positivistas la brecha entre el modelo y la realidad latinoamericana estaba a punto de alcanzar su punto de clausura definitiva, para Martínez Estrada ésta ya se había producido. El mundo de las causas y el reino de los fines se habían finalmente encontrado, pero ello menos por la elevación del primero que por el derrumbe del segundo. Más precisamente, lo que habría ocurrido para Martínez Estrada a partir de 1880, fecha en que ubica su suerte de versión nativa del "ocultamiento del ser" heideggeriano,⁵¹ es un va-

⁴⁹ Entre los escasos seguidores, sólo uno parece destacarse. Noé Jitrik (*Muerte y resurrección de Facundo*, Buenos Aires, CEAL, 1983), con un discurso bastante más sofisticado que el de aquél (y que, según el mismo reconoce, "quizás inclusive el método empleado por mí para llegar a esta conclusión parezca demasiado elaborado") (*ibid.*, p. 112), intentará demostrar que "en el espíritu de Sarmiento la oposición Buenos Aires-Interior estaba perfectamente formulada, pero no sólo eso, sino que también frente a ella tomaba claro partido por uno de sus términos, el interior" (*ibid.*, p. 20). Esta defensa de los intereses del Interior lo colocaría, pues, en una misma trinchera junto a Paz y Facundo, y enfrentado a Rosas, aun cuando en él "termin(e) por primar el esquema mental que sofoca la materia vivencial" (*ibid.*, p. 69). De todos modos, tal "esquema mental" resulta para Jitrik irrelevante frente a la "materia vivencial": "los conceptos de orden cultural -dice- arbitrarios y estáticos, confunden posiciones concretas, pero sólo en su formulación, no en los contenidos" (*ibid.*, p. 125).

⁵⁰ "Dicotomía -decía Martínez Estrada- significa no rivalidad sino avenimiento de dos fracciones que perviven con la misma fuerza lógica y con el mismo derecho natural de actos históricos auténticos: la historia colonial y la historia republicana. Tanto una historia como la otra tenían los mismos derechos a constituirse en ortodoxa, y de pretender calificar a la otra como contraria a los verdaderos ideales nacionales" (*Sarmiento*, p. 56).

⁵¹ No es que Martínez Estrada se fiara tampoco de la ingenua imagen idílica de la época de Sarmiento como una suerte de pérdida "edad de oro". Para un pensamiento trágico como el suyo, nunca nada siquiera parecido a una primitiva virtud o perdido paraíso terrenal le podría haber sido dado al hombre. Justamente el no comprender ello fue el error del autor de *Facundo*: "de haber tenido conciencia de las dificultades habría desistido al comienzo como desistió al final" (*ibid.*, p. 178).

ciamiento de sentido de las oposiciones tradicionales. Es entonces, afirma, que las “dos fuerzas históricas... se funden en una historia ambivalente. Es una simbiosis tal, que no se sabe ya —asegura— cuál es el parásito... las dos historias se invaginan y pacifican, sellan un pacto tácito... Sarmiento siguió creyendo en la antítesis civilización-barbarie, sinonimia de Europa-América y de España-Argentina. No vio que civilización y barbarie se integraban en un tipo de cultura, en un *status* social complejo... lo que en el lenguaje técnico se denomina ‘cultura bastarda’”. En definitiva, el autor de *Radiografía de la Pampa* estaba mirando con un ojo a la época de Sarmiento, mientras el otro se espantaba con el espectáculo de Auschwitz, y pronto ambas imágenes terminaron confundiéndose. “Sarmiento dijo que Rosas asumió el poder monárquico en formas americanas. Esa estructura, esos métodos probados cien años antes, son reelaborados sabiamente, actualizados por Mussolini, Hitler, Hirohito y Franco y se propagan por contagio (como recidiva endémica) en Hispanoamérica. El neonacifascismo [sic] que cunde, bajo los auspicios de Inglaterra y Norteamérica... no como una ideología de importación, sino como un retroceso y entronque con la historia colonial y postcolonial disimulada en un andamiaje democrático-republicano”.⁵² En fin, la misma vieja sempiterna lucha que se reiteraba bajo nuevas formas; sólo que esta vez la vieja reacción se habría apropiado de —y agotado a— la sustancia de la que la modernidad se nutría produciendo un engendro monstruoso.

Y una vez que se han desvanecido de tal forma todas las certezas y evidencias, no tendría objeto intentar oponerse a dicha situación o siquiera pretender presentarle batalla, “porque nuestros enemigos hoy no están, como en tiempos de Sarmiento, al frente, en la trinchera opuesta sino que junto a nosotros emplean en su provecho los beneficios de las instituciones democráticas, y hacen inevitable el yugo actual de la vieja traición”.⁵³ La única actitud posible, en tales circunstancias, consistiría en plantear los problemas sin esperar solución alguna a los mismos. Esperar esto sería cristalizarse en la mediocridad, “la solución de un problema social, económico, político, equivale a la insensibilización de la conciencia”.⁵⁴ Y en nuestro país, dice, “desdichadamente, lo que hemos buscado siempre —y obtenido, por supuesto— son las soluciones, evitando los problemas”.⁵⁵ En ello radicó también el error de nuestro autor: “Sarmiento no debía haber regresado nunca al país”,⁵⁶ le reprochaba.⁵⁷ El valor paradigmático de su figura residiría ahora en haber hecho manifiesto que la única realidad en este mundo es su intrínseca ironía; el patetismo existencial que Martínez Estrada descubre en su biografía personal serviría al menos para revelar definitivamente que no hay nada en nuestra historia de lo que pueda predicarse (valga la paradoja) algo definitivo.

⁵² Ezequiel Martínez Estrada, *Sarmiento*, p. 39.

⁵³ *Ibid.*, p. 183.

⁵⁴ *Ibid.*, p. 9.

⁵⁵ *Ibid.*

⁵⁶ *Ibid.*, p. 175.

⁵⁷ Se observa que, si Martínez Estrada descreía ya de las certezas absolutas, de toda pretensión mundana de verdad, no veía en ello contradicción alguna con convertir este decadentismo mismo en un valor absoluto. No dudaba, pues, en cuestionarle a Sarmiento el no compartir tales ideas (las que, en última instancia, habrían resultado un anacronismo en su época, algo que a Martínez Estrada no se le escapaba, de allí que insistiese en que su estudio sobre Sarmiento se trataba más bien de un “pretexto” para formular sus propias ideas sobre la nacionalidad).

3. Las versiones mas recientes

3.1. Los nuevos reacomodamientos en la "historiografía liberal"

El áspero cariz que la emergencia de una corriente nacionalista-populista dentro del revisionismo dio a este debate hizo inviables los intentos de reajuste de la tradición liberal-progresista como el ensayado por Palcos. Entonces, los más fieles seguidores de Sarmiento preferirán replegarse respecto de ciertas líneas críticas esbozadas por aquél, ensayando una estrategia diferente que los distinga más claramente de la nueva impugnación radical que comienza a aventurar la nueva generación de historiadores revisionistas y les permita delinear un nuevo modo de concebir lo central del aporte sarmientino.

Se explica así que autores como Raúl Orgaz prefieran, antes que debatir en torno a los contenidos de la ya conflictiva fórmula, destacar que "lo interesante, en todo caso, de Sarmiento, residiría en el mero reconocimiento de la 'lucha' como agente del proceso de la historia, como principio primordial de la sinergia social. Lo demás... constituye el aspecto material y variable de ese principio inmaterial y eterno".⁵⁸ También aquí encontramos un desdoblamiento análogo al ensayado por Rojas entre el Sarmiento "material y variable" y el "inmaterial y eterno". Sólo que lo que queda en este residuo esencial no es ya la sustancia de la nacionalidad, sino la explicación última a la conflictividad de la historia mundana. Nos situamos, pues, en el terreno de lo que José Luis Romero concibiera como el de "las fuerzas primarias" que, por encima de sus contenidos circunstanciales, actuarían permanentemente en ella. El principio más general que motoriza el desenvolvimiento histórico consistiría, para Romero, en el eterno enfrentamiento entre las "fuerzas creadoras" (racionales y progresistas), y las inercias de las, en cada caso, "verdades convencionales" ("fuerzas conservadoras", por definición). Cobraba así forma una nueva lectura de la tradicional fórmula: "la clásica antinomia de 'civilización y barbarie' oculta la antinomia de 'libertad y necesidad'".⁵⁹ "La vida histórica, parecía decir [Sarmiento], es el resultado de la acción creadora sobre la necesidad, eso es, en última instancia, la traducción de 'civilización y barbarie'".⁶⁰

El antagonismo de base del pensamiento sarmientino dejaba entonces de representar el nudo de un drama histórico de carácter específico, ubicado en un pasado focalizado, para convertirse en el principio articulador de una filosofía de la historia que tendía a ver en esta ya recurrente controversia, que parecía enfrentar permanentemente a los argentinos, una suerte de premisa insuperable de toda "vida histórica". En última instancia, el transcurso histórico, creía Romero, termina siempre transitando entre ambos principios genéricos, porque en él todo se da necesariamente mezclado. Rotos los lazos con el mundo de las esencias trascendentes donde todo se conjuga armoniosamente, en el mundo sólo cabría ya la transacción entre los extremos opuestos, aunque sea, a fin de evitar la mutua destrucción. Tanto en la antigua Roma (con los Escipiones), como en la América Latina del siglo pasado, la resultante del choque de estas fuerzas será siempre un temperamento medio: en este caso, el "liberalismo conservador".

⁵⁸ Raúl Orgaz, *Páginas sarmientinas*, Córdoba, Universidad Nacional de Córdoba, 1967, p. 88.

⁵⁹ José Luis Romero, *Las ideologías de la cultura nacional, y otros ensayos*, Buenos Aires, CEAL, 1982, p. 168.

⁶⁰ *Ibid.*, p. 166.

Esta nueva versión del liberalismo expresa un proceso de rearticulación de un horizonte de ideas autodefinido como liberal-progresista que parecía entonces recuperar la iniciativa intelectual que en las últimas décadas había perdido. El tono de las nuevas semblanzas sarmientinas pierde, en parte, su dramatismo anterior. A diferencia de lo que ocurría con los autores que escribieron en el período que precede a la segunda posguerra (como en el caso citado de Palcos), el planteo en torno a la idea de "fuerzas primarias" ya no necesariamente excluye la posibilidad de logros ciertos en el progreso de la civilización. El fin del último conflicto bélico daría lugar a la emergencia de una serie de alternativas políticas (que irían desde el desarrollismo a las más radicales impulsadas por la revolución cubana) que no sólo ofrecían la base para nuevos proyectos políticos, sino que también servirían de parámetro para evaluar los progresos alcanzados en dicha dirección (cualquiera que ésta ahora fuera). De hecho, la universalización y esencialización del modelo de explicación sarmientino tampoco implicaba necesariamente el abandonar todo intento por precisar (al modo como lo hicieran los positivistas) el momento específico que, dentro de esta controversia histórico-universal, la propia figura de Sarmiento encarnara. Félix Weinberg ha sido uno de los que más insistió en la necesidad de buscar el contenido político-social más preciso que lo definía. Retomando lo de Ingenieros, afirmaba que "Sarmiento advirtió tempranamente que había llegado la hora de transferir el poder a la flamante burguesía nacional, y él, que nunca desmintió haber integrado la élite gobernante, no titubeó en defender los derechos de los nuevos grupos sociales".⁶¹ Sin embargo, una dura experiencia histórica local haría aquí poner el acento en lo que hay de transitorio y móvil en esa marcha.

Lo que sí excluía un planteo tal era una clausura a dicho proceso. Si las metas podían nuevamente postularse como discernibles, la distancia entre éstas y las realidades no parecía nunca mermar con los progresos eventualmente realizados o realizables. Las "fuerzas primarias" se desplazan continuamente de terreno sin por ello alterar su naturaleza. También Weinberg destacaría, en relación con Sarmiento, cómo él mismo advertiría que los logros posibles en el camino de la civilización son, al menos en nuestro medio, siempre incompletos y nunca definitivos. Así terminaría por enfrentarse "con asombro y perplejidad", según dice Weinberg, a "algunas graves e inesperadas derivaciones del proceso que ha contribuido a alentar".⁶² Botana incluso atribuyó al propio Sarmiento gran parte de la responsabilidad por este desalentador resultado. El antagonismo entre los principios republicanos que éste consagrara en sus obras como pensador y una práctica política que se dedicó a contradecir sistemáticamente estos principios se vuelven en Botana el eje articulador de su biografía político-intelectual: "un abismo tan hondo como la historia secreta que él reveló, dividió la utopía del pensador de la experiencia del gobernante".⁶³ Se rompe así la supuesta unidad y armonía en su trayectoria y su pensamiento postulada por los positivistas. Sarmiento, suerte de sucesivo Rousseau y Hobbes, revela siempre, y fundamentalmente, un antagonismo eterno en nuestro medio entre las ideas y las realidades, entre los principios que dicta la razón y un mundo que le opone sus persistentes prejuicios, entre las fuerzas del progreso y las reciedumbres tradicionalistas. Una casi siempre per-

⁶¹ Félix Weinberg, *Las ideas sociales de Sarmiento*, Buenos Aires, Eudeba, 1988, p. 24.

⁶² *Ibid.*, p. 25.

⁶³ Natalio Botana, *La tradición republicana*, Buenos Aires, Sudamericana, 1984, p. 487.

versa combinación de grandeza y bajeza va inevitablemente a impregnarlo todo aquí. Los desajustes entre el "genio" y el "medio", que para Ingenieros le eran "extrínsecos" a su personalidad, finalmente han perforado por todos los costados a nuestro héroe, se han introducido en él y lo han desgarrado hasta hacerlo irreconocible a los republicanos ojos que no entiendan de pragmatismo.

3.2. El "revisionismo de izquierda"

El proceso de reformulación de modelos producido en la segunda posguerra (que en nuestro país coincidiría con la expulsión del peronismo del poder y el fracaso de los diversos intentos posteriores de llenar el vacío de legitimidad que su proscripción había producido) pronto afectaría también al revisionismo. Éste comienza una deriva hacia la izquierda (que hacia fines de la década del sesenta se volvería aluvional), la que se expresa en una revalorización del "otro Alberdi" (supuestamente nacionalista), y una denigración paralela de la figura de Mitre (que se convierte en la nueva *bête noire* de los revisionistas en tanto que expresión de los sectores más parasitarios de la burguesía –los comerciantes porteños–). Desde entonces, la antinomia entre Alberdi y Mitre empezará a competir con la de Rosas-Sarmiento (reivindicado ahora como un liberal más "progresista" frente al supuesto conservadurismo de Mitre). Sin embargo, estos intentos de los revisionistas de conciliación con franjas de la tradición liberal estableciendo distinciones dentro de la misma estaban destinados a no prosperar. Pronto el renovado enfrentamiento entre peronistas y antiperonistas hace reverdecer las antinomias tajantes en la historiografía del período. "Creemos que el remanido argumento de las contradicciones de Sarmiento –diría entonces José Pablo Feinmann– son una excusa que encubre la ausencia de 'un análisis totalizador'... luego de comprender que la barbarie es ineliminable, comprendemos mejor aún los intentos de Sarmiento por confinar a Quiroga y a sus hombres en la naturaleza... toda política de exterminio debe comenzar por excluir de los terrenos de la condición humana a aquello que se propone exterminar".⁶⁴ Feinmann no dejaba así lugar a posibles malas interpretaciones respecto de lo radical de las contradicciones que enfrentaban a liberales y nacionalistas.

No obstante, tras estas tajantes afirmaciones se esconde un análisis que pretende ser más fino y sugerente y, en cierto sentido, resulta contradictorio con las mismas. En este autor encontramos un proceso de redefinición general del pensamiento de Sarmiento paralelo al operado en el "campo liberal". Lo central del legado sarmientino sería para Feinmann, como para Romero, su concepción de "la historia como conflicto". Su caracterización de este antagonismo recuerda incluso la de "libertad" versus "necesidad" de Romero:

Civilización y barbarie es también otra forma de expresar el enfrentamiento entre "teleología" (fin) y "causalidad" (ley). En resumen, si la naturaleza existe abandonada al acaso, si el mundo es lo inerte, la tarea del hombre (que es civilizarse) radicará en alejarse cada vez más de lo natural, "desnaturalizándolo". La civilización, pues, es lo racional porque responde a las ideas de "orden y valor" y este orden debe ser "universal", pues lo que se realiza en él es, precisamente, un universal: "el hombre".⁶⁵

⁶⁴ José Pablo Feinmann, *Filosofía y Nación*, Buenos Aires, Legasa, 1982, p. 148.

⁶⁵ *Ibid.*, pp. 138-139.

"La misión del hombre –sintetizaba en lenguaje hegeliano– radica en introducir determinaciones en la naturaleza".⁶⁶ Lo imperdonable para él es que Sarmiento haya confundido "la realización de la humanidad" con la "realización de la cultura europea", con lo que terminaría convirtiéndose en "una profunda justificación de la política colonialista".⁶⁷ A ello condujo, entendía, un pensamiento en el que "no existe la síntesis que pueda superar este antagonismo... nada más lejos que el *aufheben* hegeliano",⁶⁸ concluía, con una dudosa interpretación del término (la propia redefinición que proponía este autor de tal antagonismo en términos de "libertad" versus "necesidad" de hecho excluía tal posibilidad de conciliación entre los mismos de cualquier otra forma que no sea mediante la destrucción del segundo de éstos).⁶⁹ Menos sutil pero mucho más clara sigue resultando Celina Lacay (quien se queda con la primera de las afirmaciones de Feinmann) cuando asegura que "la ideología de la clase dominante argentina" se fundó sobre la idea de Sarmiento según la cual "la supervivencia de la civilización exige el aniquilamiento de la barbarie".⁷⁰ No cabe duda de que, desde la perspectiva de la experiencia personal (que es también colectiva) de esta autora,⁷¹ la última dictadura señaló un acontecimiento demasiado dramático en nuestra historia como para no intentar repensar, bajo la luz de este nuevo resultado, nuestro pasado (en el cual la figura de Sarmiento sigue ocupando un lugar esencial cabiéndole, supuestamente, gran parte de responsabilidad por lo ocurrido).

El regreso de la democracia a nuestro país parece así reactivar la antinomia sarmientina. Ésta volvería, pues, a verse, una vez más, condenada a permanecer como expresando una contradicción insoluble en nuestro medio. Tanto para los liberales como para los revisionistas, el intento ecléctico de referirla a un plano de esencias supramundano en donde ambos términos que la componen pudieran conjugarse en tanto que participantes de un mismo principio que los trasciende, es decir, la nacionalidad, no parece ya una alternativa transitable. Mantener, sin embargo, tal antinomia presa de sus manifestaciones seculares, sujeta al plano de las meras realidades mundanas, no dejaría ya lugar ninguno, tras la escalada de violencia política observada en los últimos años, para la conciliación entre sus términos. "Civilización" y "barbarie" (no importa cuál sea cuál) representarían en todos los casos dos fuerzas eternamente presentes e imbatibles; en fin, igualmente ahistóricas.⁷²

⁶⁶ José Pablo Feinmann, *Filosofía y nación*, p. 138

⁶⁷ *Ibid.*, p. 147.

⁶⁸ *Ibid.*, p. 146.

⁶⁹ En efecto, siguiendo esta línea de razonamiento, Feinmann bien podría haber impugnado el modelo sarmientino y proponer otro –aunque, en realidad, éste no podría ser ya un "universal"–. De todos modos, lo que definitivamente allí no cuaja es postular que el *aufheben* ausente pudiera consistir en una conciliación conceptual entre "libertad" y "necesidad" (en el sentido *natural* de esta última). Feinmann estaría pensando, probablemente, en una suerte de *transacción* al modo como la interpretaba Romero, pero una idea tal resulta ya completamente ajena a toda concepción dialéctica de la historia; en todo caso, apelar a Hegel para fundamentar tal postura no hace más que complicar las cosas.

⁷⁰ Celina Lacay, *Sarmiento, su influencia en la formación de la ideología de la clase dominante*, Buenos Aires, Contrapunto, 1986, p. 149.

⁷¹ Celina Lacay fue víctima de la represión durante la última dictadura militar.

⁷² Años después de originalmente publicado este escrito, un punto de vista nuevo del sentido de la antinomia sarmientina, que parece contradecir lo aquí expuesto, comenzaría a asomar. El mismo no ha sido, en realidad, articulado intelectualmente, pero que sí fue llevado a la pantalla por Nicolás Sarquis en *Facundo*. Como señala Jorge Myers en su crítica de este film, se observa en él un claro intento de vaciamiento de sentido de dicha antinomia por el cual la mutua oposición entre sus términos se volvería incomprensible. Sarquis no hace secre-

El sarmiento que vivió

A lo largo del estudio de este verdaderamente denso debate, se ha intentado seguir las diversas y disímiles líneas de lectura a que la obra de Sarmiento ha dado lugar. De acuerdo con lo expuesto, parece que difícilmente pueda encontrarse en ellas algún aspecto en el que todas coincidan. No obstante ello, se destacan en esta historia dos características fundamentales que la articulan como tal. La primera es que las supuestas rupturas frontales producidas en ella (como la ensayada por el que llamamos el "segundo revisionismo") señalaron, en realidad, menos reformulaciones radicales de la fórmula sarmientina que inversiones de sentido entre sus términos que dejaban dicho esquema en lo esencial intacto. Las transformaciones más decisivas se involucraron más comúnmente en un ropaje de continuidad y se produjeron más por la rearticulación de motivos que ya se encontraban en autores o perspectivas precedentes que por un intento de demolición o revisión de éstos. Por ejemplo, la idea de Rojas de la vida campesina como modelo de vida patriarcal tradicional fue anticipada por positivistas como Carlos Octavio Bunge,⁷³ pero sólo con Rojas (en la medida en que éste se articula con otra serie de motivos que surgen en el período de entreguerras) comienza a formar parte de un proyecto de reivindicación de lo autóctono que cree descubrir en ese pasado remoto una esencia amenazada de la nacionalidad que se encarna por igual en los grandes prohombres de nuestra historia (es decir, tanto en Facundo como en Sarmiento).

to de este designio ni lo encubre de las sutilezas esperables en una obra con vocación supuestamente artística. Ésta se abre con la imagen de Facundo afirmando "¿qué explicación puede tener esto?", a lo que él mismo responde, "ninguna, las palabras no sirven para expresar nada" (citado por Jorge Myers, "El relato vacío. Sobre el *Facundo* de Nicolás Sarquis", *Punto de Vista*, XVIII, 52, agosto de 1995. En ese sentido, el film de Sarquis sería la expresión del cierre de un ciclo en la historia argentina. Y es indudable que el giro producido en el peronismo con la llegada de Menem al poder ha redefinido las coordenadas políticas que ordenan la vida política argentina, siendo que las anteriores tensiones entre peronismo y antiperonismo parecen efectivamente haber llegado a su término. Este vaciamiento de sentido de la antinomia sarmientina resulta, sin embargo, menos de haberse finalmente alcanzado lo que los positivistas un siglo antes creyeron percibir como prefigurándose en su horizonte próximo (la clausura entre el modelo deseado y la realidad nacional), como de un doble proceso por el que, al mismo tiempo que se restaura la validez del presunto modelo de Sarmiento (el ideal de desarrollo capitalista), se lo percibe como radicalmente inasible. La brecha que separa dicho modelo de nuestras alternativas efectivas de desarrollo se percibe ahora como expresando determinantes estructurales que ninguna voluntad política puede torcer; un abismo lo suficientemente amplio lo separa como para dejarnos como única alternativa el tratar de alinearnos con aquellas potencias occidentales, a las que alguna vez repudiamos (e, incluso, creímos poder superar), a fin de hacernos merecedores de recibir aunque sea algunas de las migajas de los logros allí producidos (al menos, ésta parece ser la racionalidad que funciona entre muchos de aquellos excluidos de todas las supuestas ventajas del modelo económico menemista y explica por qué, no obstante ello, aceptan igual continuar proveyéndole a éste una poderosa base electoral). De todos modos, está claro que el declarar la antinomia sarmientina carente de todo sentido, aunque representa una reformulación evidente de la misma, no necesariamente significa abolirla o efectivamente superarla. De hecho, muchos otros antes que Sarquis la declararon abolida sólo para volver a verla renacer, transformada. En este respecto, más significativo que el contenido de la película de Sarquis, o lo que éste pone en boca de Facundo, es el mismo hecho de que, en momentos en que no se filma nada en la Argentina con apoyo oficial, el gobierno haya financiado tal película: ésta es también una forma (típicamente menemista) de hacer su homenaje a una tradición frente a la cual, aun para declararla superada, se siente igualmente obligado a confrontar.

⁷³ Para Bunge, el caciquismo representado por Facundo, y que él distingue del régimen de terror en que luego degeneró con Rosas, era "sinónimo de paz, casi de patriarcado" (Bunge, *Nuestra América. Ensayo de psicología social*, Buenos Aires, Casa Vaccaro, 1918, p. 236).

Por otro lado (y éste es el segundo rasgo que articula esta historia), en todas estas perspectivas diversas (y aun opuestas) subyace un presupuesto común que permite que el debate entre las mismas sea posible. Todos sus autores han concordado en que la figura de Sarmiento encierra la clave de una controversia que, de algún modo u otro, se proyecta hacia el presente. Romero no fue el único, pero sí quien más claramente expuso esto que es un sentimiento generalizado: "Sarmiento —decía— no tiene necesidad de que se anuncie su retorno porque no ha desaparecido de la vida argentina". La figura de Sarmiento, como la de Cristo para el creyente, se desdobra en una histórica, carente de sentido para nosotros, y otra que expresa su sustancia siempre presente. "Hay, sin duda —continuaba Romero— un Sarmiento muerto hombre de su tiempo, que acogió lo que las circunstancias le impusieron... pero hay al lado de éste un Sarmiento vivo. Ese cuya imagen se ofende a cada día, porque ni para atacarlo ni para defenderlo pensaríamos tanto en él si no descubriéramos que es algo vivo que está unido a nuestra propia existencia".⁷⁴ De allí que (y éste es un dato sugestivo) el debate mismo no ha sido objeto de polémica, al punto que (hasta lo que conozco) nadie se ha preocupado por escribir su historia (la que constituiría, además, un material fundamental para reconstruir nuestra "historia del pensamiento").⁷⁵ Ésta aparece, en sí misma, como una evidencia inmediata, un mero dato. Sólo algunas fechas fundacionales que señalarían la emergencia, o el alumbramiento, de algunas "verdades" al fin reveladas. En fin, un debate eterno que por ello mismo no tendría verdaderamente historia.

Sin embargo, esta suerte de desgajamiento del pensamiento de nuestro autor de todo contexto histórico sólo se produjo, según también hemos visto, como consecuencia de la instauración del debate mismo y terminó resultando del particular sesgo que éste fue adquiriendo. La fuerte polarización que dominó esta polémica fue lo que llevó a diluir el sentido histórico aún presente en las primeras semblanzas positivistas sobre nuestro autor. Desde este punto de vista, la historiografía posterior bien puede considerarse como el proceso por el cual Sarmiento se va convirtiendo, de un personaje histórico, en el símbolo de una controversia histórico-universal, inherente por lo tanto a toda época y lugar. Las diferentes perspectivas respecto de la naturaleza y el destino de dicho antagonismo tallarían tales encontradas construcciones biográficas. Esta historia hecha de "pretextos" irá también construyendo un *pre-texto*, un sustrato de lecturas ineludibles para cualquier intento por forjar o redefinir nuestra imagen del pensamiento y la obra sarmientina; el suelo en el que toda reconstrucción de los mismos necesariamente se apoya y del que termina, quizás, a su pesar, formando parte. Sarmiento, el Sarmiento convertido en mito, en "espejo" de nuestra historia nacional, se vuelve así un objeto opaco, que absorbe todas las imágenes que se proyectan sobre él sin reflejar ninguna. Como señalaba Borges, éste es, al mismo tiempo, el que es, el que fue, y el que será, la historia de su propia historia, un texto que debe ser leído y siempre abierto a las diversas interpretaciones posibles que del mismo puedan hacerse. "Abstraído / En su larga visión como en un mágico / Cristal que a un tiempo encierra las tres caras / Del tiempo que es después, antes, ahora, / Sarmiento el soñador sigue soñándonos."⁷⁶ Sin embargo, esto no impide al historiador tratar de distinguir ta-

⁷⁴ José Luis Romero, *Las ideologías de la cultura nacional*, p. 165.

⁷⁵ Desde que escribí este trabajo, apareció un libro, *El dilema argentino*, de Svampa (*op. cit.*), en el que la autora acomete esta tarea.

⁷⁶ Jorge Luis Borges, "Sarmiento", *Obras completas*, p. 899.

les diversas lecturas de aquella que Sarmiento mismo pudo haber tenido de su propia obra (a la que no necesariamente hay que considerar como la lectura "correcta"), es decir, tornar esta historia de apropiaciones textuales en objeto de análisis crítico (o, mejor dicho, *metacrítico*) e intentar ver cómo éstas se fueron constituyendo y desplazando hacia terrenos siempre renovados e inevitablemente extraños a lo que fue el horizonte de problemas y preocupaciones de aquél. Con ello no necesariamente se resuelven los problemas epistemológicos que plantea toda reconstrucción del pasado: no será de extrañar que, producido este giro, quizás sólo terminemos nuevamente descubriendo que nos encontramos tan atrapados en nuestras categorías presentes de pensamiento como lo estuvieron quienes nos precedieron en el intento de abordar la figura de Sarmiento, siendo las nuestras, por la misma razón, no menos extrañas a éste que las que hemos hecho nuestro objeto de análisis. Sarmiento seguirá siempre siendo así nunca más que un "pretexto", como lo es también en el trabajo que aquí se expone, en este caso, uno para intentar introducir el debate sobre problemas metodológicos más generales relativos a nuestra disciplina. Pero lo será ahora en un sentido ya muy distinto. Este giro autorreflexivo de la crítica, en la medida en que intenta hacer conscientes los propios mecanismos constructivos de nuestro objeto "Sarmiento", permitiría, al menos, establecer distinciones entre niveles de análisis y así demarcar el Sarmiento que "ha sido" del que es, el "Sarmiento que vivió" del "Sarmiento vivo" de Romero. En todo caso, ya no se tratará de buscar tanto lo que nos une a él como lo que nos separa de él, es decir, precisamente aquella historia que yace en el medio.⁷⁷ □

⁷⁷ Esa distancia podría decirse también que es más exactamente la que, se supone, separa la historia de lo puramente político-ideológico; distancia que, en el caso de la historia estudiada, ha sido siempre brutalmente borrada, y, ello, en algunos casos, como el de Feinmann, conscientemente. Como señala Halperin Donghi, "el revisionismo argentino era, desde su origen, antes que una escuela de investigación histórica, un esfuerzo por sustituir una cierta imagen del pasado nacional otrora juzgada más apta para justificar ciertas actitudes frente al presente. Ello suponía sin duda una concepción de la historia misma en la que la utilidad práctica y actual tenía primacía sobre su dimensión propiamente cognitiva" (*El revisionismo*, p. 25). Sin embargo, esta primacía de lo práctico sobre lo cognitivo no implicaba su negación. Por el contrario, los revisionistas siempre reivindicaron como su labor más específica el recuperar una "verdad" histórica "falsificada" por alguna suerte de conspiración liberal oficial. Ello suponía, en fin, una suerte de complicidad secreta entre lo cognitivo y lo práctico. El problema que aquí surgía era que no podía negarse la efectividad práctica de la historia liberal a pesar de su, para ellos obvia, falsedad. Por otro lado, salvo en sus versiones más groseras, los revisionistas reconocían que para los liberales, su historia era también la "verdadera" y, algo peor aun, que no había realmente parámetros absolutos para medir esto. De todos modos, ninguno aventuró una solución tan radical a este dilema como la de Feinmann. Feinmann sostiene la legitimidad de este borramiento al afirmar crocianamente que en todo estudio histórico "lo que está en juego es el presente" (*Filosofía y nación*, p. 15), lo que lo lleva a fundar exclusivamente en ello la validez de su determinada interpretación histórica, es decir, alegando simplemente que "para nosotros, est(a) es (la) verdad(er)a. Porque, desde luego, es la nuestra" [*ibid.*]. Entre una y otra afirmación, sin embargo, hay un deslizamiento conceptual. Aun cuando la primera pueda aceptarse como válida, no necesariamente justifica a la segunda. Fundamentalmente, porque los modos en que el presente se encuentra en juego en un discurso histórico no son los mismos ni resultan reductibles a aquéllos en que ésta lo hace en el terreno estrictamente político-ideológico. Tampoco se trata de declarar estos últimos caducos (como postula la llamada "muerte de las ideologías", que, en un último análisis, no es más que otra forma de ideología), sino del señalamiento del hecho cierto de que existen modos de validación específicos a los diversos géneros discursivos y que éstos resultan mutuamente irreductibles (y que es necesario que sea así si es que la disciplina histórica quiere tener algún sentido); aun cuando, es necesario reconocerlo, la historia que hemos analizado parece demostrarnos lo contrario.